Páginas de Ejemplo de **El renacer de Kallhat**

Ató a Bronn a su cinturón con la larga correa y preparó el lanzador de dardos mientras sus compañeros aprestaban también sus lanzadores o sus espadas. Dio dos golpecitos en el lomo del mooha y Bronn comenzó a caminar sin dejar de gruñir, iba a diez frapxels de su ama, despacio, pero sin pausa ni duda alguna, y los demás lo siguieron durante un largo trecho hasta que sus gruñidos aumentaron de tono y se detuvo con todas sus cerdas enhiestas como clavos.

—Encended lámparas —ordenó Balin acercándose al lugar en que Bronn estaba inmóvil sin dejar de mirar hacia algo que solo él podía ver.

Las lámparas de crehillt iluminaron el espacio ante ellos y, con su luz, un espectáculo macabro se presentó ante ellos.

Una gran cantidad de parihuelas y arrastres, algunos deslizadores y multitud de sacos y enseres se encontraban esparcidos por la arena, pero algo inusual les llamó la atención. Justo en el centro del arrasado campamento se encontraba el verdadero espectáculo indescriptible y con seguridad el que había atraído a Bronn.

No menos de cuarenta o cincuenta cuerpos de kallhates y kallhateis se encontraban amontonados en dos grandes túmulos, desde ancianos a inmaduros de pocos ciclos, todos ellos muertos y medio cubiertos por la arena arrastrada por el viento.

—Están muy rígidos y diría que han muerto todos a la vez hace más de un lapta, pero me extraña que no se hayan aprovechado de ellos los animales del aire o de las arenas —adelantó Boorh tras tocar algunos miembros de los cuerpos de uno de los túmulos.

—No es lo normal —intervino Lotthei—. A no ser que…

—A no ser qué —apremió Balin a Lotthei que parecía dudar.

—A no ser que aquí, en este mismo lugar, haya estado algo o alguien que causara tanto miedo y pavor a los animales que consiga que tarden varios laptas en reponerse y volver a recorrer estos parajes —terminó la experta en conducta animal.

—Son truxllus —dijo Muyex examinando los cuerpos de uno de los túmulos.

—Sí. Y a éste lo conocemos —dijo Xilich desde el otro túmulo.

Se acercaron a ver al truxllu que Xilich había arrastrado al suelo desde lo alto del túmulo. Un kallhate grande y muy alto, vestido todo de pieles con el torso cruzado por varias correas y un casco en el que resaltaba un manojo de plumas rojas de groffxill entre varios pinchos y colas de eskthe.

—Daart Mano de Piedra —dijo Xiull.

—Creo que hemos encontrado a la tribu de Daart al completo —dijo Boorh—. Creo que por parte de estos no tendremos que preocuparnos más.

—No están igual que los merodeadores —dijo Xiull—. Los thuxrichs estaban quemados y estos no tienen herida alguna.

Bronn, que se había entretenido en olisquear una mancha en la arena, comenzó a estornudar con violencia y a revolcarse frenéticamente por la arena.

—Esa arena coloreada que han esparcido por el suelo, está enfermando al mooha —dijo Lotthei—. Está pidiendo ayuda

Balin lo retiró y puso ante el morro del mooha un trozo de tela mojado en agua.

—Una mancha curiosa —dijo Muyex—. ¿Para que habrán pintado la arena?

Era como si hubiesen arrojado con fuerza sobre el suelo el contenido de un sistal lleno de un polvo muy fino de color verdoso.

—Ni han pintado la arena ni han echado arena pintada por encima —dijo Xiull tomando un puñado de arena coloreada—. Fijaos en cómo se ha deslizado desde el centro de la mancha hacia el exterior, es como si hubiesen tirado al suelo una bolsa de tejido muy fino rellena de esa arena verde, con mucha fuerza, tanta que la bolsa se hubiese reventado y distribuido violentamente su contenido desde el lugar del impacto hacia su alrededor.

Cuando en las mentes de los otros se abrió paso la comprensión de la ida aportada por Xiull, lo miraron asombrados mientras él acercaba la mano a la nariz para oler la arena.

—Tendrían que haberlo tirado con mucha fuerza —dijo Xilich.

—O desde muy alto —intervino Xiull con voz extrañamente ronca y con lágrimas en los ojos—. Pero no es arena verde, es como si algo hubiese pintado la arena de verde. Por favor dadme agua, ¡rápido! Que nadie se acerque a las manchas coloreadas.

Todos comprendieron el peligro que se les avecinaba y se lavaron con agua la cara y el interior de las fosas nasales, luego mojaron paños de tela y se los pusieron de mascarilla.

—¡Quieto Bronn! —gritó Balin al notar los esfuerzos del mooha para quitarse lo que él suponía una mordaza de castigo.

El animal lanzó un gruñido de protesta que fue amortiguado por la tela húmeda que le cubría todo el hocico.

Balin acercó su cara a la del mooha para que el animal pudiese verla cubierta con el embozo de tela mojada. Tras unos instantes, Bronn pareció entender y se deshizo del dogal de las manos de su ama y se acercó despacio a Lotthei que estaba sentada y sujetándose bien el trapo mojado. Se plantó ante ella y la observó, luego hizo lo mismo con Xiull y pareció desentenderse de la situación y del tejido mojado que le habían colocado sobre boca y nariz.

—¿Me lo parece a mí o tu mooha ha comprendido que todos llevamos la máscara húmeda y que él también debe de llevarla? —preguntó Muyex.

—Es un animal muy listo —dijo Lotthei—. Mucho más que los otros de su especie. El simple motivo de su color diferente y distintivo le ha hecho aprender más rápido que los otros para poder sobrevivir. Además, sin dejar de ser un mooha, ha sido educado en el interior de una familia como si fuese un imooha. Ha aprendido a manejarse en dos ambientes distintos y a saber que necesita tener conductas diferentes en cada uno de ellos y, esa elección de comportamiento es lo que marca la diferencia.

—Han debido de ser croolls —dijo Boorh—. Han lanzado eso sobre la tribu de Daart Mano de Piedra desde lo alto de uno de sus yiaks voladores. Luego han descendido y han amontonado los cadáveres.

—¿Pero por qué? ¿Qué necesidad había para eliminar así a toda la tribu? —preguntó Xilich.

—No soy experto en demonios negros —dijo Xiull—. Balin conoce más de ellos que los demás.

—Puede que toda esta matanza se deba al interés en pasar lo más desapercibidos posible y a no querer dejar testigos de sus actividades —dijo Balin—. Tened en cuenta que lo que menos les interesa es una confrontación abierta, aunque todos sabemos que la ganarían, pero…

—Llamarían la atención de los dioses de las estrellas —terminó Lotthei.

—Sí, eso creo —asintió Balin—. Por eso están utilizando esas armas que no se ven ni se oyen desde la distancia.

—¿Qué hacemos? ¿Damos arena a los cadáveres? —pregunto Muyex.

—¿Por qué? —saltó Boorh—. Si los de Daart nos hubieran encontrado así, nos hubiesen descuartizado para elegir nuestros mejores pedazos de carne.

—Pero yo no soy Mano de Piedra ni vosotros sois truxllus —dijo Balin, tomando una pala del deslizador de carga y encaminándose al túmulo—. Además, ¿quién asegura que esos cuerpos no sean también veneno para los animales que se alimenten de ellos?

Tres gurias después, la veintena de cuerpos habían sido enterrados en una fosa y cubiertos por la arena. Xiull cantó la Oración del Recuerdo y el grupo se dispuso a continuar el viaje.

—¿Sabéis qué es lo que he estado pensando mientras paleaba la arena? —preguntó Xiull mientras desplegaba su captador de viento—. Que Daart y los suyos también hubieran podido morir envenenados al comer nuestra carne si los muertos hubiéramos sido nosotros.